

bonero.—Reclinóse contra uno de los muros mugrientos, en un rincón de penumbra. Reinaba allí la soledad, una soledad inquieta, estremecida por los rumores que brotaban de las cantinas cercanas. Respirábase un olor nauseabundo de legumbres podridas, de carnes deshechas, de pescados, de quesos putrefactos, ese olor acre de los mercados cuando ha pasado la fiebre de la compra. En el cielo, de un azul casi negro, asomaba su anémica faz una luna pálida, y el aire tibio era arrojado á bocanadas sobre la plaza por las calles que se abrían en torno.—Clarita respiró á sus anchas, arreglóse algunos mechoncillos de pelo negro que habían caído sobre su frente humedecida en el furor de la desalada marcha. Por fin estaba libre de los ojos de aquel importuno. Se dispuso á volver á su camino; escurrióse en derredor, é iba á dar el primer paso, cuando en el cuadro luminoso de la esquina próxima se destacó la delgada silueta del periodista.—Esteban se hallaba, á todas luces, desorientado. Sin duda antes de desembocar en la plaza hubo de entregarse á sus cavilaciones. Miraba en derredor con mirada penetrante, y por la viveza de sus ademanes advertíase que titubeaba en seguir una sen-

da hjaña de antemano. Clavó los ojos en la mole negruzca del mercado, y, decidido, avanzó hacia él, justamente en dirección del sitio donde se escondía Clarita.—La muchacha, cediendo á la tensión de sus nervios, perdió la serenidad, y, rápidamente, volvió á proseguir la huida, la dolorosa huida á través de calles desiertas. Corría, volaba, cogidas las faldas, caído sobre los hombros el transparente chal, la cabeza al aire, sudorosa. Y otros pasos tan apresurados como los suyos resonaban atrás, persistentes, uniformes. Al pasar ante un zaguán abierto, deslumbrante de luz, escuchó el son de un vals canallesco ejecutado en el piano, coreado por gritos de alegría brutal. Algún pensamiento sombrío surgió entonces su mente, porque su andar convirtióse en desenfrenado. Luego, tropezó con una mujerzuela de voz ronca, que á las puertas de un tabuco llamaba á grandes voces á un gaudul que reía estrepitosamente en mitad del arroyo. Y hufa, hufa sin detenerse, sin respirar, con el pecho oprimido, invadida de un extraño sentimiento, mezcla de temor y de coraje. Súbitamente, internóse por una calle tortuosa, angosta, oscura. Los pasos que oía tras de ella se ace-

leraron, y, de pronto, sintió que una voz desfallecida susurraba:

—Clarita... Clarita... Por Dios, no corra usted....

No se detuvo. Siguió, siguió su marcha en la sombra, aturdida, loca. Mas de súbito resucitó la mujer altiva. ¿Por qué huír si nada temía de Esteban? ¿Por qué ocultarse si en adelante lo sabrían? Fué una reacción rápida. Sus pobres nervios excitados calmáronse de pronto. La oleada de altivez que la invadiera acalló los pudores que sentía, aquella renuencia á mostrarse tal cual era al hombre que la codiciaba, al muchacho alegre que de meses atrás la perseguía, atraído por el deseo, por un deseo de soñador de la carne.

Y no dió un paso más.

Se encontraron allí, frente á frente, en la calle obscura, sumida en perezosa somnolencia. Ella, con el chal caído sobre los hombros, los ricillos invasores en la frente, la falda negra ajada, polvosas las botitas; él, entre serio y sonriente, con su presuntuoso clavel en el ojal y su saco de fino corte deslucido por la vertiginosa marcha.

—Esteban, ¿qué quiere usted?

Vaciló; llegaba al fin el momento, la oca-

sión acechada durante tanto tiempo; el minuto dichoso que quizás se ofrecía aquella noche para no volver nunca. ¿Qué hacer? ¿Arrojarse sobre ella, hacerla suya con la complicidad de la sombra, poseerla, con el furor del creyente por la imagen; ó bien rogarla, suplicarla, arrodillarse con ingenuidad de niño? De todo eso experimentó impulsos; pero una secreta cobardía, una timidez rara en él le retuvo.

—Yo... pues yo....

Clarita sonrió con maligna sonrisa que plegaba sus labios graciosamente. Aquel chico que tenía delante, tan altanero con las otras, era sumiso con ella. Sintió una dulce compasión, y le dijo, con acento más bien de amistad que de enojo:

—Estéban, váyase usted.

—Clarita, no sabe lo que yo he sufrido....

—¿Sufrir? ¿Sufrir? ¿Pero qué hay entre nosotros para que usted sufra?

—Nada y mucho. Yo tengo una duda.... una duda....

Pareció titubear. Su voz temblaba con temblor ligero, apenas perceptible; sus manos daban vueltas febrilmente al puño del bastón. Le embriagaban el aliento de aque-

lla mujercita adorable, la obscuridad inquietante que les rodeaba, el seductor silencio.

—Sí, yo dudo, y esta duda me hace sufrir horriblemente... Dígame, ¿á dónde iba usted?

La cara de la chica sonrojóse. Era un resto de vergüenza ofendido por aquella pregunta apenas musitada, que sobaba en sus oídos como la queja infinita del deseo, del deseo no saciado, del deseo tirano. De buena gana no hubiera respondido; pero adivinaba los ojos de Conti fijo; en ella, y balbuceó:

—Iba... á una parte...

El mozo calló. Estremeciábase sus finos bigotillos negros, y con la cabeza baja, entregábase á la reflexión, meditaba.

—A una parte... á una parte... Sí, ya sé... Pero, ¿por qué no es usted mía y sí de otro? ¿Por qué, si yo la quiero, si yo sueño en usted, y el otro, el desconocido que dentro de un instante la tendrá en sus brazos, ni siquiera había pensado tanto en un momento dichoso?

Rebelábase contra el mandato de la suerte, contra el destino que le arrebatara de las manos á la mocita perversa y ansiada. Y habló, habló mucho, sin detenerse, acercán-

dose á ella, en tanto que la muchacha retrocedía. Y cuando calló, pensando que caería en sus brazos, vencida por su palabra fácil de periodista, escuchó una risita irónica, punzante.

—¿Por qué?... ¡Vaya usted á saberlo!

Esteban Conti suspiró. Clara le miraba con una mirada profunda y triste.

—¡Ah! Clarita, si usted quisiera...

Ella movió la cabeza con aire de suprema indiferencia y orgullo.

—Sería necio. Yo nada siento por usted, y usted no experimenta más que un capricho. No es la felicidad lo que tendríamos; y aunque lo fuera, ¿qué vale la dicha de un instante? Unirse... separarse después... ¡Una tontería!

Débil rumor estremeció el aire. Dobló la esquina una vieja que avanzaba con andar pausado. Fresca racha de viento calmó la tibieza estival, el calor voluptuoso que flotaba en la estrecha calle. Los pasos de la anciana oíanse cada vez más distintos, y su descarnada silueta se recortaba en la negrura del ambiente.

Clarita tendió su blanca mano hacia él.

—Adiós, Esteban...

El mozo imploró con la mirada, y enton-

tonces ella, alzándose sobre las puntas de los pies, cogiéndole el rostro entre las manos, depositó en sus labios un beso prolongado, silencioso. Era el único beso de amor que había dado en su vida. Y se alejó suavemente, como ilusión que se va, mientras que Esteban permanecía inclinado, sin moverse, como si aún tuviera sobre la suya la boquita sensual, perfumada, que no oprimiría nunca más.—Y cuando ella, momentos después, subió al coche, echándose en los brazos del viejo, saboreó la amargura de no negar á aquellos labios rugosos y ajados lo que diera á los otros, tan húmedos y jóvenes.

Ahora, recostada en el viejo sofá, evocaba la visión de la noche, poseída de inmenso hastío. La luz matinal adquiría un brillo intenso, y el tráfico aumentaba afuera, esparciéndose por el caserón en un ruido ensordecedor, estrepitoso. Tras de su ventana bullía la vida, la eterna lucha por la existencia, produciendo un murmullo que la aturdiría, que la impulsaba á entregarse más á su abandono. La puerta del comedorcillo abrióse. En la vecina pieza resonaban los pasos cansados de doña Silveria, que apareció á poco en el cuarto. Volvía del mer-

cado, con la mugrienta cesta al brazo, el rostro abotagado, los ojos enrojecidos por el alcohol. Andrajosa, vacilante, con la voz trémula, era la mujer caída en la sima de la más profunda abyección, el sér desprovisto de todo sentido moral, que sólo atendía á su propio egoísmo, sin preocuparse de los otros. Se detuvo ante la muchacha pensativa, y alargando la descarnada mano, contentóse con acariciarla en la barba.

—Buenos días, hijita....

No manifestó asombro por la ausencia de la noche. Se imaginaba, allá en el cerebro confuso, entenebrecido por la ausencia de las ideas, que si Clarita había salido era para buscar dinero. ¡El dinero! Hacía tanta falta, era de tal modo indispensable, que no podrían pasarla sin él.—Haciendo pucheros, con acento lacrimoso, contóla las miserias, las pequeñas miserias de la casa. Todo estaba caro: las verduras, el azúcar, el aguardiente. El tendero se rehusaba á fiarles. ¡Habíase visto bribón semejante! ¡Negarse á vender á crédito, máxime cuando se trataba de ellas, incapaces de robar un sólo centavo? Que eran personas dacentes, nadie podía negarlo. Medio México hubo de conocer al Coronel Ruiz, á aquel héroe fran-

cote y bonachón. Y su habitual mutismo se convertía en un desbordamiento de palabras, á través de las cuales adivinábase el cáncer de la embriaguez que corrompiera, al cabo de los años, á la pobre señora.

Clarita alzó hasta ella sus ojos, envolviéndola en una mirada de desprecio y de lástima.

—Calla, vete, me repugnan tus charlas...

Las lágrimas humedecieron los párpados de doña Silveria; sus palabras ahogáronse en la garganta, y un arranque de sentimentalismo llorón la hizo presa.—¡Ah, Virgen María! Sufrir por una hija, dárselo todo, la sangre, la educación, el nombre honrado; desvivirse por ella, consagrarse en cuerpo y alma á su bienestar, para que al fin, en la vejez, cuando nada se tiene ni se puede, la diera un mal pago... Sí, señor, un mal pago, porque ella no daba motivo para que se la cometiesen ultrajes tales, y no se dignara oír-la hablar de las cochinas gentes y de la santa memoria de su padre.

—¡Bah! madre, estás borracha.....

Doña Silveria estalló en sollozos. Después, enfurruñada, se volvió hacia la chica que seguía abstraída, de codos sobre la mesa.

—¿Borracha? ¿Borracha dices? Más lo estarás tú, que te gastas la pensión no sé en qué.

—¡Madre!

—Sí, que te la gastas, que te la robas.

Clarita se levantó. Temblaba su cuerpo todo; en su rostro, encendido de rubor, pintábase una indignación pronta á estallar; sus manos, trémulas, cogíanse á la mesa, cual si tuviesen necesidad de destrozar algo. Quiso gritar, escupir al rostro de la vieja todas las infamias amontonadas en su pecho; pero, ahogada, desfallecida, tornó á sentarse, oprimiéndose las sienes.

—No, no vale la pena de sufrir más. ¿Para qué, si esta abominable vida terminará hoy?—murmuró.

Después, sacando del bolsillo dos billetes ajados, los dió á doña Silveria.

—Toma, toma, no te morirás de hambre. Coge el dinero que me enseñaste á ganar...

La anciana estuvo á punto de prorrumpir en una exclamación de sorpresa; mas contúvose observando la mirada fija, cortante, de su hija única. Luego salió refunfuñando, con el ruidoso taconeo de sus zapatos rotos. Y Clara la siguió con los ojos empañados por una furtiva lágrima de dolor y de cólera.

Nunca imaginó ella lo que en el mismo instante sucedía en el patio. Su aventura amorosa corría ya de boca en boca, del zaguán á la fuente, de la portería al último piso, á la viendita perdida en lo alto. Entre las marisavidillas del fregadero, lo acontecido no constituía una novedad. Petra, con su maligna sonrisa de diablillo, no calló ante ninguna de ellas, dando así un gran disgusto á doña Manuela, quien aquella mañana no dió un paso más allá del umbral del caserón y si se coló de bonita manera en los hogares, so pretexto de preguntar si había ropa vieja de venta. Para dicha suya encontróse con que los amos, al contrario de las sirvientas, nada sabían. Tuvieron éstas la desusada ocurrencia de de guardarse la breva hasta que estuviese madura... Y era de ver á aquella vieja de Dios revelando con aires de misterio el secreto, el gran desenlace que ella esperaba de meses atrás. En casa de las Gómez la noticia causó el efecto de una bomba. Doña Luisa tronó contra las desvergonzadas que se vendían; don Hilario miró á la cizañera por encima de las antiparras, espantado; Teresa, con sus treinta y cuatro años encima, se ruborizó, haciendo mohines de virgencita. Sólo Eloísa, cuyo carácter altanero en otro

tiempo iba dulcificándose, con sorpresa de la familia, dijo una frase de piedad.—¡Quién sabe! Si Clara había caído, nadie podría reprocharla antes de saber los móviles que la impulsaran. Era el amor tan grande, tan fuerte, tan poderoso... Y al hablar, sus ojos adquirían cierta tristeza, brillaban, como si un vapor de lágrimas los invadiera. Naturalmente, padre, madre, hermana y hasta la propia doña Manuela, escandalizáronse de su actitud. Y todos clamaban en favor de la honra, del nombre limpio y sin mancha, ignorantes del drama que se desarrollara en el alma de aquella pobre muchacha de treinta años, que al oírles no pudo reprimir el llanto.

Cuando doña Manuela salió de allí, momentos después, fruncía el entrecejo, como si sospechara algo. ¡Qué extrañas le parecían las lágrimas de Eloísa! Subiendo los peldaños de la empinada escalera que conducía á casa de los Fernández, viniéronle á la mente atrocidades tales, que se persignó.—En la cocina hubo de hablar á Estéfana. La buena vieja recibíola con mil agasajos. Gozaba de verdad con su presencia, pues no podía menos de admirarla por su viveza de ingenio, por aquella habilidad innata que de-

mostraba para averiguar ajenas vidas, y sobre todo, por su llaneza, por su cariño hacia los de abajo, hacia ella misma, que consideraba á doña Manuela como sér superior, puesto que subsistía confiada á su voluntad y á sus fuerzas.—¿Buscaba á la niña? Pues la niña la saludaría gustosa. Que pasara, que entrase á la salita. Y con solicitud cariñosa la condujo allá. Antoñita trabajaba, absorta. El ruido de la máquina de coser la impidió escuchar el chirrido de la puerta, y no alzó la carita paliducha y ojerosa hasta que las dos se acercaron.

—Buenos días, señorita.....

—¡Ah! doña Manuela ¡Qué milagro!

—No es milagro, hija mía. Ya sabe usted: los negocios... la quincalla... Todo anda mal. Yo, que soy vieja en la profesión, puedo saberlo mejor que nadie....

—Entonces viene usted á negocios, ¿eh? Le aseguro que se equivoca, doña Manuela, porque en lo tocante á eso, soy más tonta, más tonta... Vaya, siéntese usted.

Afable, sonriendo con su sonrisa habitual, la hizo ocupar un extremo del sofá y ella se acomodó á su lado. Luego, hurgándose las uñitas de rosa, espero á que la vieja hablase, convencida, sin embargo, de que no

lo haría, por razón de que los negocios de que tanto alardeaba, transformábanse, al caso, en murmuraciones y confidencias. La ropavajera comenzó por elogiar la habitación. ¡Qué chuchería más hermosa! No se cansaba de admirarla. Y aquel abanico japonés que lucía con sus exóticos tintes en uno de los rincones, ¿era nuevo? ¿Cómo? ¿Magdalenita lo había traído? A ella se le figuró haberlo visto alguna vez en la alcoba de la Ruiz.

—¿De la Ruiz?—Interrogó Antoñita viendo venir el chisme.—¿Se refiere usted á Clara?

—¿A quién había de ser, mi buena niña? Tosió, arregló los pliegues de su chal amarillo, miró simultáneamente á la muchacha y á los muebles, y convencida de que en aquel corazoncito tierno que á su lado tenía no germinaba la semilla de la curiosidad, aventuró una frase.

—¿Qué, no sabía usted?

—Si yo no sé nada, doña Manuela. Soy una ignorante. Pero, usted me comprende, con estos cachivaches de la costura, ni tiempo me queda para fijarme en los demás.

Doña Manuela tragó la píldora. Había-se acostumbrado á las pullas que la costurera, quizás inconscientemente, la propinaba.

Y adoptando una actitud humilde, una compunción venerable por las flaquezas humanas, soltó la confidencia que la escarabajaba en los labios.

—Mire que está usted muy en lo justo. Las que somos laboriosas, no tenemos derecho á robar un minuto á la tarea. Pero, hay cosas . . . que aunque cierre una los ojos, no puede dejar de verlas.

Lentamente, con voz monótona, contó la aventurilla. Sus diminutos ojos se iluminaban; ascendía á su rostro una oleada de sangre que la daba vida intensa, y complacíase en decirlo todo á aquella jovencita que tan rehacia se mostraba á sus conversaciones. —Cuando dió fin, sonriendo con su desdentada boca, la joven palideció, reflejándose en su semblante una tristeza infinita. Miró á la vieja con temor. ¡Ah! qué representación más viva de la humana inclinación hacia el mal de los semejantes. Pensó en Lena, estremeciéndose. Después, cuando doña Manuela se marchaba, llevándose trozos de encaje, trapos nuevos, «los desperdicios de la señorita,» como solía llamarles, Antoñita tornó á sentarse junto á su máquina, y laboró, con los ojos bajos, la atención puesta en el ir y venir de la aguja. —¡Ah!, sí, allí es-

taba el bien, la dicha, el lenitivo de las penas. —Ella lo creía así; pero, sin embargo, experimentaba una inexplicable angustia, y la imagen de la chiquilla se dibujaba en su mente con persistencia.

Blando rumor de risas invadió la sala. Lena estaba en la puerta, con un paquete en las manos, riendo al contemplar á la modista, atareada, afanosa.

—¡Lena! ¡Lena! —gritó abrazándose al cuello de la pequeña. —Lena, ¿no has sabido?

Y añadió en voz baja:

—No, tú no debes saberlo, no te lo diré . . . Pero, ¿me prometes no ir más á casa de Clara?

El rostro de la chiquilla se puso serio. Indudablemente, iba á responder que no. Pero Antoñita la cerró la boca á fuerza de besos, de besos tiernos, maternales, que resonaban en la habitación como aleteo de pajarillos medrosos.

Por la tarde, á eso de las seis, cuando los rayos oblicuos del sol esparcíanse en aureas franjas sobre los muros del patio, prodújose un verdadero tumulto: don Antonio Cortezo, luego de abrir la portezuela de un destartalado simón que se detuvo ante el ancho zaguán, bajó, entrando en seguida. Las ve-

ciuas y hasta los chiquillos, quedáronse boquiabiertos al ver á aquel señor de blancas patillas y respetable vientre, que al cabo de muchos meses pisaba de nuevo la vetusta casa. Y mayor fué su pasmo al observar que el propio señor de las patillas blancas llamaba á la puerta de la cómica con discretos golpecitos.

—Monina, ¿estás lista?

Clarita, bien trajeada, ostentando las lujosas prendas que horas antes la enviaran del almacén, le esperaba. Aparecía muy bella, con su vestido de color malva, que hacía resaltar la blancura de su tez; con su ceñido talle y su sombrero albeante, de rizadas plumas. Habíase disipado ya la tristeza de por la mañana, y la moza mirábase al espejo, como si la sorprendiera aquel desusado atavío. —Cortezito, embobado, la miraba con cariño, como si en ella contemplase un tesoro deseado y obtenido al fin. Tuvo, á pesar de sus años, un amoroso arranque.

—Monona mía, ¿si supieras cuánto te adoro?—exclamó, pretendiendo besarla.

Clara retrocedió, altiva.

—Déjese usted de esas zalamerías impropias de un viejo.

—Pero, monona

—No me llame monona, ni me tutee Bien sabe que si he consentido, no fué porque le quisiera. Me vendo, y nada más.

Don Antonio, turbado, hubo de sentarse. Nadie mejor que él conocía el orgullo de la chica; pero la amaba con la brutalidad de su vejez crapulosa, y se humilló.

—¿Esperaremos mucho todavía?—preguntó tímidamente.

—Hasta que venga mi madre.

El vejete manifestó algún temor. ¡Cómo! ¿Esperarían á doña Silveria? Pero se tranquilizó al ver la sonrisa desdeñosa que lucía en los labios de la joven. Clara iba y venía, recorriendo el cuarto de un extremo á otro, acariaciando con una furtiva mirada aquellos viejos muebles, únicos restos salvados del desastre ocurrido al morir el veterano. Allí estaba el tocador, ancho, enorme, con su gran luna que reflejara antaño su rostro y su cuerpo, respondiendo afirmativamente á sus preguntas inquietas, disipando sus temores de fealdad. Allí estaba el lecho, la pobre cama de soltera, donde se revolvió sofocada por horribles pesadillas, ó ensañaba dulcemente. Y la mesita, y el sofá, y las zapatillas azules, todas aquellas cosas que eran ella misma, la muchacha agita-

da, que pretendía subir, subir muy alto desde el fondo de su ruina. Y su mirada no fué de odio, no; los sitios en que había vivido, por más que ese trozo de existencia fuera desagradable, tenían siempre para ella algo de personal, algo de su dueña, un polvillo misterioso que les cubría y que la inspiraba ternura.

Escuchóse ruido en la habitación próxima. Era doña Silveria que entraba, arrastrando los pies, con los ojos brillantes, temblonas las manos que sostenían el cesto en que traía lo preciso para la cena.—Clara, que se había sentado, levantóse, como impulsada por un resorte. Cogió el portamonedas, la sombrilla, los guantes, y dijo:

—Vamos.

Cortezo, aturdido, balbuceando, se puso en pie.

En el comadorcillo sucio, de pesada atmósfera, encontráronse con la vieja, que acomodaba las provisiones sobre la mesa. Al escuchar el fru-fru suave de faldas, doña Silveria alzó la cara, y contempló simultáneamente á su hija, vestida como para un día de fiesta, y al negociante, enfundado en su larga levita negra. Una dolorosa sorpresa se insinuó en su semblante. Al fin lo com-

prendía todo: la noche de ausencia, los billetes que con temor de avaro guardase en obscuro rincón. Su mirada fría, idiota, clavábase con persistencia en la hija, en el amante.

—Adiós, mamá....

—¡Cómo! ¿Te vas?....

Y el pensamiento de una separación inmediata hubo de herirla en su alma de madre, en su alma atrofiada por años de humillación y de vicio, mas no insensible del todo. Olvidándose del enojo de por la mañana, quiso correr á la puerta, impedirles el paso, llamar. Pero un gesto altanero de Clara la detuvo, y quedó inmóvil, caídos los brazos. Sintió que unos labios húmedos la besaban.... Después, al verles que trasponían el umbral, dos gruesas lágrimas brillaron en sus pupilas.

Atravesaron el patio, seguidos por mil ojos curiosos. Les acechaban, les examinaban desde las ventanas, desde las puertas desde la mitad del patio. Allá en lo alto de su cuchitril, permanecía doña Manuela, inmóvil.

Era la deshonra susurrada al oído, que más tarde había de esparcirse por todo el barrio; la curiosidad malsana, innoble, que inspiraba la caída ajena. Pero Clara Ruiz

no se abatió, ni bajó la frente. Deshonrada ó con honra, creíase superior á todos. Y lanzó una ojeada de profundo desprecio al destartalado patio, iluminado entonces por los pálidos destellos del crepúsculo estival.

Cogida del brazo del viejo, avanzó pausadamente, sin prisa, sin enojo. Antes de llegar á la puerta, el timbre de una voz conocida hirió sus orejitas de lóbulos rojos.

—¡Clara! ¡Clara!

Estrechó las manos de Lena, que la miraba con asombro y con tristeza. La chiquilla había escapado de casa al descubrir que se marchaba.

—¡Ah! ya lo sabía... No eres tan ingrata para no venir á despedirte de tu amiga. Adiós, pues... Y te digo adiós, porque, en adelante, ya no volveremos á saludarnos... Tú eres honrada y yo...

Completó la frase con una sonrisa de ironía punzante y amarga, y haciendo una señal á don Antonio, que esperaba á un lado de la abierta portezuela, murmuró quedo, afectuosa:

—Adiós, Lena.

Arrancó el coche.

Suaves oleadas de luz bañaban la avenida,

en ese instante tumultuosa, ensordecida por los gritos de los pilluelos que vendían los diarios de la tarde, por el rodar de carros y trenes, y por el vaivén de los transeuntes. En los árboles de la Alameda verdeaban las hojas, bajo el cielo melancólico y paliducho.

Y Lena vió con tristeza cómo se perdía el destartalado simón en medio de la marea humana, allá á lo lejos, en el ambiente lívido del anochecer.

X

Doña Filo, después de haber encendido los focos y echado un vistazo á la cocina, en donde vasijas enormes de café humeaban, plantóse ante el mostrador, lista para el ser-